

dejan el puesto y sirven de lecho á una nueva vegetación hasta que los pueblos llegan á su ideal definitivo. Requiere la sociedad en su organización permanente y aun en sus luchas ordinarias, la concentración de todas las fuerzas y su sometimiento á un impulso central y común. Enseña la historia, no obstante, que esas luchas extraordinarias y colosales en que las razas se transfunden su espíritu, derrámanse los continentes y las civilizaciones á reanudar hasta el fondo de otras civilizaciones y nuevos ú opuestos continentes, exigen tal vigor en los detalles, tan acertada dirección en cada punto y en cada variedad del combate, que la dirección central viene á ser impotente é ineficaz. De tal manera es necesario extender la acción, que la fuerza se debilita, y entonces, alrededor de personalidades superiores y creando derechos convencionales, injustos en el fondo, pero históricamente indispensables, el cuerpo social se forma de círculos pequeños, que van eslabonándose hasta el tronco principal en el interés de hacer fecundo y estorbar la disipación del total vigor del pueblo, que lucha, que conquista ó que resiste.—Hallamos en esta observación una nueva prueba de la inconveniencia del feudalismo como institución permanente. Su objeto histórico, comprobado por las situaciones en que ha aparecido, consiste en crear núcleos vigorosos de acciones, centros de poder, y derechos personales, que los multiplican con el interés individual, á fin de dar cima á empresas ásperas ó á

grandes conquistas ó resistencias; y esas mismas fuerzas parciales, que son sin duda eficaces lanzadas contra el enemigo en una conflagración extensa, se tornan en mortales y contra-productores en el día de la paz, cuando careciendo de aplicación se reconcentran en sí mismas y amenazan incesantemente con la disolución al estado que las abriga en su seno.

Por otra parte, la civilización es eminentemente progresiva, como acabamos de notar. Si no queremos vivir en el mundo delirante de la utopía, persuadámonos de que la humanidad no pasa repentinamente de las tinieblas á la luz y descubriremos la razón filosófica de los acontecimientos en el carácter de las épocas, cuadro de su desarrollo. Esta es la *ciencia nueva* de Vico. El gobierno primitivo de la Europa moderna, cuando respiró de la invasión y se resolvió á ser renovada por los bárbaros, fué el feudalismo.—El sistema de Irala, copiado de lo que á la sazón acontecía en todo el continente desde Méjico hasta Chile, de lo que practicaban los españoles en las islas recién descubiertas, á pesar de las heroicas y humanitarias hazañas de Las Casas, ⁽¹⁾ fué el feudalismo, primera organización de la conquista del Río de la Plata.—El feudalismo ha sido, por consiguiente, el primer escalón de la civilización europea y de la civi-

(1) Véanse las *Obras completas* del padre Las Casas, y su biografía escrita por don Manuel I. de Quintana en su obra de *Españoles ilustres*.

lización americana. Originóse en Europa por la combinación del egoísmo del bárbaro con la unidad absoluta del estado, rezago de la política romana, y el espíritu social del cristianismo cada día más poderoso en el mundo invadido. Participa, en efecto, este régimen del carácter primitivo de una sociedad inculta, modificado por la unión con el elemento expansivo de la sociedad civilizada. Es un complejo de civilización y barbarie. Si fuera posible sujetar á una genealogía infalible las fórmulas sociales en todos los aspectos de la humanidad, diríamos: el patriarcado es la sociedad inicial, en estado primitivo, puro, flamante, la sociedad del hombre, cuya ley es Dios.—La tribu es el patriarcado en corrupción: en estado bárbaro, la sociedad del hombre, cuyo Dios es la naturaleza ó sus manifestaciones. El feudalismo es la tribu regenerada: en estado de civilización: la primera modificación del egoísmo salvaje.—Análoga era la situación de la América en los siglos XV, XVI y mediados del XVII, á la de Europa en el siglo IV y principios del V. El mismo choque de razas y de civilizaciones,—el mismo caos en el seno de la política, que tenía que producir una creación informe, como los primeros individuos de la materia organizada en la época del génesis en que se manifestó la vida. Ora sea la barbarie la que invade y la civilización la que resiste: ora la barbarie la que resiste y la civilización la que invade, la situación es análoga, y cuenta que no decimos idéntica: sobre un conti-

nente se chocan dos corrientes contradictorias, que luchan un momento, se mezclan, se modifican y se combinan más tarde,—y el espíritu político transige entre las tendencias descentralizadoras de la barbarie y las tendencias sociales de la civilización, viniendo lógicamente á predominar el elemento superior, es decir, el más culto.—Idéntico fué su origen en América, con las diferencias que entrañan la pasión de los conquistadores, una de sus causas determinantes. Dominaba entre las valerosas filas de los conquistadores el interés personal y la ambición de los particulares, sentimiento evidentemente antisocial; y necesitando el gobierno valerse de su brazo, se vió precisado, para mantenerlo expedito y dispuesto á maniobrar en su favor, á saciar su codicia, poniendo en juego el único móvil, que podría dirigirlos. De ahí que el feudalismo americano no revistiera el poético carácter caballeresco de las leyendas europeas, y que los nobles varones del viejo mundo tuvieran apenas pálidos reflejos de su genio, en señores, que imitaran sus vicios, pero no sus virtudes. El Cid encierra en su vida un poema; pero los encomenderos de América carecían del resorte, que animó su vida. Por eso eran tanto más temibles para la monarquía del presente, que transigía con el espíritu señorial, perteneciente al pasado: transacción, que no vencía los límites de América, y de la cual no separó un momento los ojos hasta su completa extinción.—De esta manera se encadenan las causas en la

historia. Pretendióse al principio comenzar la civilización del Río de la Plata, partiendo del grado de progreso, que alcanzaba por entonces la política. Las circunstancias obligaron á Carlos V á retroceder un paso y hacer una concesión municipal ⁽¹⁾. Irala comprendió después que

(1) Siendo la cédula de Carlos V, no sólo la clave de los procedimientos observados en toda esta época, para la provisión de gobernadores, sino además una arma de que se valieron los partidos así en la cuestión de Cárdenas durante el siglo XVII, como en el siguiente en la revolución de los *Comuneros* paraguayos, hemos creído conveniente transcribirla aquí, según la incluye Rui Díaz, (Lib. I. cap. XVI), respondiendo de su autenticidad. Dice así:—«Don Carlos, por la divina clemencia, emperador *semper* Augusto, rey de Alemania y doña Juana su madre, y el mismo don Carlos por la misma gracia de Dios, rey de Castilla, de León, etc. Por cuanto vos Alonso Cabrera, nuestro veedor de fundaciones de la provincia del Río de la Plata, vais por nuestro capitán en cierta armada á la dicha provincia en socorro de la gente que allá quedó, que proveí en Martín de Orduña y Domingo de Sorroza, que podría ser que al tiempo que allá llegasedes fuese muerta la persona que dejó por su teniente general don Pedro de Mendoza nuestro gobernador de las dichas provincias, ya difunto; y éste al tiempo de su fallecimiento ó antes, no hubiere nombrado gobernador, ó los conquistadores y pobladores no lo hubiesen elegido, vos mandamos que en tal caso, y no en otro alguno, hagáis juntar los dichos pobladores, y los que de nuevo fueren con vos, para que, habiendo primeramente jurado de elegir persona cual convenga á nuestro servicio y bien de la tierra, elijan por gobernador en nuestro nombre, y capitán general de aquella provincia la persona que según Dios y sus conciencias pareciere más suficiente para el dicho encargo; y al que así eligieren todos en conformidad, ó la mayor parte de ellos, use y tenga el dicho cargo, al cual por la presente damos poder cumplido para que lo ejecute cuanto nuestra merced y voluntad fuere: y si aquél falleciere, se torne á proveer en otro por la orden susodicha, lo cual vos mandamos que así se haga con toda paz, y sin bullicio ni escándalo algunos; aperebiéndose que de lo contrario nos tenemos por deservidos, y lo haremos castigar con todo rigor: y mandamos que en cual-

aún era poco, y tuvo que retroceder hasta el feudalismo ⁽¹⁾,—y entonces surge en la historia de una situación análoga á la de la Europa latina bajo la presión de las razas del norte, una institución análoga, lógica con los acontecimientos y fecunda para el continente, á quien Dios no había condenado á la esterilidad.

Si de la plenitud del despotismo personal

«quiera de los dichos casos, que hallaredes en la dicha tierra persona nombrada por gobernador de ella, le obedezcáis y cumpláis sus mandatos, y le deis todo favor y ayuda. Y mandamos á los nuestros oficiales de la ciudad de Sevilla, que asienten ésta nuestra carta en nuestros libros, que ellos tienen, y que den orden como se publique á las personas, que llevaredes con vos á dicha armada.—Dada en la Villa de Valladolid, á 12 días del mes de Setiembre de 1537 años.—Por la Reyna, el doctor *Sebastian Beltran*. Licenciado *Juanes de Carbajal*.—El doctor *Bernal*.—El licenciado *Gutiérrez Velázquez*.—Yo, *Juan Vázquez de Molina*, secretario de su cesárea y católica majestad, la fize escribir por su mandado, con acuerdo de los de su consejo.»—*Hist. de la Prov. de Misiones*, cap. X.

(1) Las provisiones reales, autorizándole para hacer encomiendas, le vinieron á Irala en 1555 en la Armada de Martín Urue, que condujo al primer Obispo del Paraguay, D. Fray Pedro de la Torre; pero según se infiere de Guevara, ya había hecho repartimientos unos diez años antes, cuando á poco de la caída y prisión de Cabeza de Vaca, se revolucionaron los indios vecinos de la Asunción y fueron vencidos en el sitio de Carobía. Opina el mismo historiador, que con esta medida contuvo los grandes desórdenes, «la disolución y desgarró de costumbres» que perturbaban el centro de la Conquista. Otro cronista, el P. Bautista (Parte I, § IV) hablando de Irala, dice: «De su gobierno y *acertados proyectos* fué informado el emperador, y por haber muerto en Sevilla Don Juan de Sanabria... etc., etc... Lo que concurre para indicar que la cédula mencionada, no coincidió casualmente con sus ideas y anteriores determinaciones, sino que al revés, sus ejemplos pronto inspiraron al monarca el pensamiento de dar una organización á la Conquista trabajada por las dificultades exteriores y la anarquía interior.

hubieran caído los pueblos en la plenitud del despotismo legal, les habría cabido á todos idéntica suerte: la de los pueblos, cuya historia escribimos.—Al decir despotismo legal, no entendemos hablar del despotismo político, en que sin duda cayeron, sino de la negación del personalismo, establecido como doctrina absoluta, en que incuestionablemente habría incurrido la sociedad, pasando sin escala ni matiz de la tribu á la monarquía triunfante recién en definitiva. La América siguió los pasos de la Europa. Cuando se hablaba al salvaje del derecho divino y de la majestad inviolable, encontró la dolorosa iniciación del poder personal y la fecundidad del hombre aislado, en sus vuelos libres, regidos por la voluntad, que campea soberana en su constitución intrínseca,—y reconcentrado dentro de sí mismo en los tremendos días de la esclavitud, pudo á la luz del cristianismo, que se le inculcaba y que hablaba á su alma con amor y abría en su mente el raudal de la dignidad racional,—concebir las primeras nociones del hombre y la elevación de su creencia, como sér dueño de sí, y entidad relacionada con la realidad superior á través de la naturaleza y del infinito. Amargo era el acento de la revelación: pero el alma se empapa en las amarguras, por la permanente simpatía del dolor, y las más útiles experiencias de la vida aislada se ligan con la tribulación, así como las lecciones más fecundas de la historia, se mezclan con el llanto de los pueblos y penetran en su corazón, franco

y abierto como el del hombre, siempre que llora.

Extirpado el servicio personal en 1611, ya estaba iniciada la América en la lección, que del feudalismo surge, y como además del principio de la fuerza personal aislada, entraña aún otra doctrina, que el raciocinio inmanente de las sociedades desprende del seno de sus males y desgracias,—la erección de sus pequeños centros de poder y en cierto modo de soberanía, incorporándose á la doctrina deducida de los privilegios municipales, había familiarizado á los pueblos con la noción de la autonomía local, que después de profundos y prolongados letargos,—después de una disipación absoluta de todo ideal, merced al quietismo práctico que enfermaba todos los pueblos en aquella época: á la consagración del hecho, al maquiavélico respeto por el éxito,—veremos un siglo más tarde agruparse una tormenta y estallar inflamada y amenazante,—para dar lugar á que sobre sus cenizas asentara victorioso el realismo, engendrando con la latente actividad del pensamiento público encubierto bajo la igualdad absoluta de un despótico nivel, los grandes y definitivos progresos de la civilización en el Río de la Plata.

Por manera, que colocado el sistema de Irala en el mecanismo directo y trascendental de la civilización nacional,—aparece lógico y fecundo, como lo son siempre para los pueblos los diversos grados de desarrollo, que obtiene el espíritu político. El progreso es lento, pero es constante.

Organizada así la conquista, y encontrando alimento todas las aspiraciones, marchó con paso más rápido, consiguió un crecimiento, imposible de lograr hasta entonces, y permitió al legislador consagrarse á dotar el Paraguay de otros dones, que ansiaba por introducir en su seno. Llevó la ciudad de la Asunción á un inesperado esplendor: estableció escuelas para educar la juventud, erigió templos, demostrando la importancia que atribuía á la disciplina del entendimiento y del corazón, hasta que en el pleno vigor de su carrera, sorprendióle la muerte en 1556, después de haber empleado todo esfuerzo por introducir la armonía entre sus compatriotas á fin de extender y facilitar sus triunfos. Su falta fué objeto de general dolor, y aun los que no le amaban por los deslices de su juventud, vieron borrada toda mancha por los actos de sus últimos años, según la afirmación del padre Guevara, y juntaron su sentimiento al universal, que provocaba la muerte del primer legislador del Río de la Plata.

Muerto Irala, volvió á desenfrenarse la anarquía entre los españoles, y los abusos del servicio personal, sobrepasaron todo límite, atormentando en tal manera á los indígenas reducidos, que muchas veces huían para encontrar en la vida errante y precaria que habían abandonado un alivio al malestar, que los aquejaba. Gemían los corazones rectos y en vano interponían quejas ante las autoridades superiores, cómplices ó disimuladoras de los excesos, que se cometían:

en vano los ministros de Dios alzaban el grito en la cátedra sagrada, imitando al noble obispo de Chiapa; en vano los naturales tiranizados rugían bajo la cadena ó lloraban bajo el tormento. Cegaba la pasión todas las almas, devorábalas la codicia y los lamentos como los reclamos del derecho vilipendiado morían sin eco, no logrando frecuentemente, sino reagrar los abusos y multiplicar los delitos. Se resentía naturalmente la conquista del malestar, que inquietaba la sociedad, y pocas aventuras se determinaban á correr los españoles, teniendo dentro de las regiones dominadas un enemigo receloso, cuya cólera encendían con sus desmanes y crueldades. Ni sus voluntades se concentraban mejor entre sí, que con las de la raza conquistada.

No respira la historia sino odio: sólo la aliena el rencor y la perturbación interior. Chaves amotinado, amotinado el obispo, y amotinado Cáceres contra el prelado: impotente Zárate:—siguiéndose en serie inacabable los disturbios á los disturbios, las perturbaciones á las perturbaciones: chocando los conquistadores del litoral, directamente venidos de España, con los que bajaban la cordillera de Chile para explorar y poblar la provincia de Tucumán: Salazar con Manso, Garay con Cabrera; envueltos, en una palabra, todos, á excepción sin embargo de los dos últimos, en irreconciliables antipatías, nacidas de la ambición,—la empresa se rodeaba diariamente de insuperables asperezas, al paso, que la resistencia no cedía ni en tesón ni en

energía,—y temblaba la gobernación acosada por las infamias y las maldades del tirano Diego Mendieta, devorado poco después de entrar al mando, por una tribu de antropófagos.

Un acontecimiento extraordinario viene á variar esta monotonía de la lucha ⁽¹⁾. Martín González, clérigo ignorante venido en la expedición de Ortiz de Zárate, que según sus contemporáneos carecía hasta de los primeros rudimentos de la lengua latina ⁽²⁾, adoctrinaba neciamente á los indios de las vecindades de la Asunción, durante el tiempo en que Garay y Melgarejo se ocupaban de la primera fundación de Villa Rica en Guayrá, entrando en las profundidades de los misterios cristianos, por no comprender la índole de las razas, con las cuales tenía que tratar, y el género especial de enseñanza, que su estado de barbarie y la nulidad de sus nociones religiosas parecían desde luego reclamar.

Produjo este extraviado sistema el funesto efecto de que el indio Oberá forjara en su cabeza mil quimeras para engañar á sus compatriotas: llamóse *Enviado de Dios*, engendrado y nacido de una virgen para ser el Salvador de los guaraníes, y aprovechando la aparición de un cometa como signo celestial de su misión, empuñó una cruz á manera de símbolo, instituyó

(1) Guevara, Libro II, § XII, edición de Angelis; Centenera, Canto XX, id. id.; *Índice* de Rui Díaz pág. 36.

(2) «Martín González, clérigo idiota,
»Que á *musa* solamente no sabia.....», Centenera.

Papa á un hijo suyo, de nombre Guiraró, y arrastró tras sí las inquietas tribus de los alrededores, comprometiéndolas en una sublevación que sofocó don Juan de Garay á costa de mucha sangre. Fácil es encontrar aquí los rasgos de un hecho singular y reconocer en las imposturas de Oberá un plan extraordinario, hijo del genio y del amor á la independencia salvaje. La resistencia de las razas encerradas en Sud América desde el Estrecho hasta las cabeceras del Paraná fué recia, heroica y tan obstinada, que al presente, tres siglos después de Solís y de Gaboto, no está vencida ni sofocada por entero. En los tiempos de Garay y de Oberá la lucha era terrible y poderosa por ambas partes. Oberá era un carácter escogido entre los bárbaros, como sus actos revelan al historiador. Altivo, amoroso de su independencia y del nombre y de la libertad de su tierra y de su tribu, su alma era hermana del alma de Lautaro. Capaz de combinaciones especiales, de inventar recursos, era sin duda un hombre gigantesco, relativamente á lo que le rodeaba y al mezquino punto de partida, que le proporcionaba el estado salvaje de su raza. Oberá era un hombre de genio. Veía la conquista haciendo progresos, que aunque difíciles, eran reales y siempre mayores. El europeo ganaba diariamente terreno y el indígena se veía sometido ó proscrito y arrojado al interior de las tierras, toda vez que había perdido una inmensa porción del litoral. Veía también Oberá el prestigio del dogma cristiano, y si su

espíritu era capaz de acometer una empresa grande, creándose recursos especiales, era im-potente para concebir y amar una doctrina, que sorprendía sus inclinaciones, y que el sistema de Martín González, descubriendo misterios que suelen repugnar, sin la luz de la fe á entendimientos mejor preparados,—alejaba de la mente del bárbaro. Entonces recurrió á explotarla, y esta combinación de un intento político, digámoslo así, con una idea religiosa para prestigiar el uno con la otra y facilitar su triunfo, es lo que constituye el aspecto extraordinario de su influencia y deja traslucir una prueba de la universalidad y unidad esencial de la razón del hombre. Personificó á Jesús, según la grosera y repugnante manera con que lo concebía, y con la semilla que sembró González, desarrolló una creencia funesta en su misión divina; y hablando de independencia, predicando contra los españoles el odio y el exterminio, dábale al sentimiento de la libertad innato en el hombre, el prestigio de lo celestial, de lo superior á la humanidad, á la razón y al interés. El plan era hábil.—Hizo del desenfreno de las pasiones una virtud, que merecía su altísima y poderosa protección. Resorte hábil también, porque no sólo retraía á sus secuaces de escuchar á los sacerdotes cristianos, en los cuales reconocía él los más temibles conquistadores, sino que ofrecía un aliciente eficaz y constituía una atracción permanente hacia su partido. De manera que las imposturas de Oberá forman un plan, extraordinario entre salvajes,

para contener la conquista y vigorizar la resistencia de las razas indígenas, que coloca su figura entre los más altos personajes de su época. Oberá partía de la suma grosería de su raza, y sus mismas quimeras resentíanse del bajo origen, que las engendraba. Con otro centro hubiera podido levantarse tan permanentemente como el impostor sarraceno del siglo VI. Un grado más de civilización en los guaraníes y Oberá hubiera sido Mahoma.

Oberá fué vencido y muerto, pero su revolución manifiesta las graves dificultades, que rodeaban la conquista. Buenos Aires evacuado y vuelto á poblar, la villa de Ontiveros destruída, la Concepción del Bermejo, Londres, Cañete, etc., abandonadas totalmente, eran otras tantas derrotas de los españoles. Don Juan Bautista Alberdi, encomiando los beneficios que debe reportar la República Argentina de los caminos de hierro, ha dicho ⁽¹⁾,—que una de sus grandes ventajas ha de ser « volver al derecho lo que los españoles hicieron al revés », edificando ciudades en el interior con preferencia al litoral, y levantándolas con inmensos intermedios de territorios desiertos. No participamos enteramente de esta opinión, ni creemos que los conquistadores prefirieron los sitios mediterráneos para establecer sus poblaciones. Por el contrario, la mayoría de los ensayos fueron hechos en las

(1) *Bases y puntos de partida para la organización de la Confederación Argentina.*

costas, pero el litoral era la presa más ardientemente disputada. Fueran agrícolas ó errantes las tribus indígenas, la mayor fecundidad y aún la esplendidez de las costas debían naturalmente atraerlos con preferencia; y por consecuencia, su adquisición era harto más difícil por el empeño que ponían en defenderlas. A pesar de todo fué casi nulo el número de ciudades levantadas en él por la conquista, y que tuvo que abandonar, obligada por los salvajes ⁽¹⁾. Importaba además apoderarse de todas las tierras, y para conseguirlo, necesitaban los españoles crear aún en los puntos más interiores, y tal vez en éstos, más que en otro alguno, centros de acción para derramar sus fuerzas y de refugio en que pudieran acogerse en horas supremas. Sin grupos fortificados en el interior habría sido imposible ralear la dominación de los bárbaros, y el litoral abandonado á sus propios recursos, habría estado expuesto sin cesar á las irrupciones de todo el país que conservara sus fuerzas íntegras é intactas. Las ciudades del valle Calchaquí, por ejemplo, eran como un cabo echado al lado opuesto del Chaco, y solo su acción simultánea y combinada con la del litoral, podría conquistar esta región inmensa, divirtiendo las fuerzas de la resistencia. Las poblaciones que se establecieron en las costas del Ber-

(1) Felipe II en sus ordenanzas sobre poblaciones ordenaba expresamente, que para fundar ciudades se prefirieran las cercanías de ríos navegables. V. la Recopilación de Indias. Ley V, tít. VII, lib. IV.

mejo, serían sin duda en el plan de los conquistadores un intermedio y un tercer punto de apoyo, que multiplicara el esfuerzo de las primeras,—coadyuvando al pensamiento de debilitar la acción del indígena, dividiéndola.

Sin embargo, la situación de los españoles era precaria. Todos los recursos puestos en juego no habían producido en manera alguna resultados suficientes para satisfacer la esperanza del conquistador, porque la paz estaba lejos de ser un hecho. La sociedad nueva asentaba sobre un volcán, y no le era dado reposar confiadamente sobre las bases poco sólidas en que se apoyaba. Constantemente amenazada ⁽¹⁾, se veía obligada á vivir en perpetua alarma, porque cada uno de sus pasos se fundaba en una destrucción, que reclamaba venganza en el ánimo de las numerosas tribus no reducidas. La conquista tenía ciudades, porque no representaban sino otros tantos eslabones en su marcha penosa: eran grupos enclavados con sobrehumano esfuerzo en una masa compacta de bárbaros indómitos, que era necesario someter ó exterminar para que ellas lograran respirar libremente. Buenos Aires rodeado por la Patagonia, los querandíes y pampas, y los guaraníes del Delta: Santa Fe, Corrien-

(1) No sólo de parte de los naturales se veía amenazado el Río de la Plata. En 1597, durante el gobierno de D. Fernando Zárate, intentaron dos veces los ingleses tomar el puerto de Buenos Aires. Defendiólo Zárate con milicias de Tucumán y «levantó un fuerte para reparar semejantes acontecimientos». (Guev. II, § XVI, edic. Ang.)